

0

Ayuntamiento de Madrid



<sup>A</sup>  
3470









24-1

# PORVENIR DE LA LITERATURA DESPUÉS DE LA GUERRA

LECTURA DADA EN LA  
RESIDENCIA DE ESTU-  
DIANTES LA TARDE DEL  
5 DE DICIEMBRE DE 1916

POR LA

CONDESA DE PARDO BAZÁN



PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Ayuntamiento de Madrid

SERIE IV

VOL. 6















RECUERDO DE LA RESIDENCIA





PORVENIR DE LA LITERATURA  
DESPUÉS DE LA GUERRA





# PORVENIR DE LA LITERATURA DESPUÉS DE LA GUERRA

A  
3440

LECTURA DADA EN LA  
RESIDENCIA DE ESTU-  
DIANTES LA TARDE DEL  
5 DE DICIEMBRE DE 1916

POR LA

CONDESA DE PARDO BAZÁN



R. n.º 9646

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE IV.—VOL. 6

M A D R I D

1917

Ayuntamiento de Madrid

ES PROPIEDAD  
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

---

DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAÍSES

---

COPYRIGHT 1917 BY  
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

---

Imp. de Fortanet, Libertad 29.-Tel. 991.-Madrid



ESTA CONFERENCIA, BONDADOSAMENTE  
OFRECIDA A LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES  
POR LA SEÑORA CONDESA DE PARDO BAZÁN,  
SE IMPRIME EN RECUERDO Y AGRADECIMIENTO  
A LA ILUSTRE ESCRITORA.





MORALMENTE hablando —señores  
estudiantes, señoras y señores—,  
no hay papel más comprometido del que  
voy a desempeñar: el papel de profeta  
que no ha recibido revelación alguna.  
Siento, sin embargo, una impulsión que  
me lleva a discurrir sobre lo venidero, y  
la impulsión se origina de esa inquietud  
que nos acucia recelando cuál será la  
suerte que correrán las letras en pos de  
esta no imaginada conmoción que sufre  
el mundo.

Solemos ver en los sucesos un aspecto



especial, según afectan a caras idealidades, o a materiales intereses. Toda ansiedad es lícita en horas de tal angustia y espanto. A nadie sorprenderá que mi preocupación preferente sean las letras, ya que, desde los primeros años de mi vida, la afición y ejercicio literario me dominaron como un sortilegio, y así embrujada y fascinada por lo que acaso no sea más que vanidad, aunque yo lo tenga por esencia espiritual del mundo, he recorrido una carrera que ya no es breve, y durante la cual no se ha interrumpido el efecto del filtro que sobre mí actúa. Las letras y el arte, a cada paso me han parecido lo único que dura, «fuerte como los bronces», que dijo Gautier; me han parecido el signo de nuestra grandeza específica y el archivo donde las actividades del alma humana han quedado, al través de los tiempos, registradas, inmortales, di-



ciéndonos lo que fuimos y dejando adivinar lo que podemos ser.

Y esta predilección mía por el Arte y la Literatura me lleva a extremos que no sé si encontraréis censurables. Voy a confesarme ante los fieles, como hacían los primeros cristianos. Entendí yo, y no sólo ahora, sino de antiguo, que habiendo de terminar en breve plazo toda existencia humana, adelantar su fin no es sino adelantar el cumplimiento de ineludible ley. Pero las obras de arte y las Bibliotecas repletas de testimonios literarios, pueden mantenerse en pie siglos y siglos, desafiando al tiempo, mostrando a otras generaciones la hermosura, la sensibilidad, la inteligencia iluminada por la inspiración de los que nos han precedido. Y la superioridad de este firme testimonio humano, el Arte sobre la Ciencia, por ejemplo, consiste en que el Arte ni progresa ni re-



trocede, y tan legítimo arte son las pinturas rupestres de las espeluncas de Santillana, como la última obra del más insigne pintor de nuestros días.

Y siendo esto cierto, hallaré disculpa si comparto la opinión de Renán, cuando decía que ocho mil siervos de la Edad Media, consagrados a construir una abadía gótica, habían empleado mejor su vida que ocho mil ciudadanos de nuestro tiempo votando y ejerciendo sus derechos de ciudadanía, y empleándose libremente en lo que les place.

Así, pues, de la guerra, lo que más me estremece no es la siega horrible de vidas, sino la destrucción de monumentos que hoy no nos sería dado reproducir, aunque pusiésemos en ello el empeño mayor y agotásemos todos los recursos de nuestra cultura artística. Porque nada del pasado podemos *recrear*, y aun en lo que



franca y desembarazadamente imitamos, se revela esta imposibilidad, se acusa la diferencia que, antes que en la mano, está dentro, en el espíritu. Y por eso encuentro menos irreparable la pérdida de vidas que la de tesoros de arte, pues en suma la guerra, con sus mortandades, no es sino afirmación categórica de que hay muchas cosas que valen más que la vida.

Por fortuna, la guerra, que puede descabalar y destruir parcialmente el Arte, no puede hacer lo mismo con el tesoro de las letras. Cabe que en el incendio de una Biblioteca, espectáculo siempre deshumanizador, se pierdan riquezas bibliográficas, y quién sabe si ejemplares únicos; mas los grandes valores literarios son independientes de la curiosidad erudita, y las obras de las cuales se ha hecho mayor número de ediciones, tienen probabilidades de ser las mejores y de mayor en-



tividad. Ningún Omar puede hoy dejarnos a obscuras en materia literaria.

Viniendo al asunto de esta conferencia, diré que sólo son lícitas en él conjeturas y suposiciones, y por conjeturas trataré de adivinar lo que sobrevendrá después de que nos sonría esa paz, cada día más distante (al menos, tal parece a nuestras ansias). Han de basarse las conjeturas, forzosamente, en los antecedentes literarios, y cualquiera comprende que este género de conjeturas no es como los datos científicos, que con rigurosa exactitud anuncian la ruta de los astros por el firmamento. Son sencillamente inducciones cuyo valor depende de la capacidad de quien las hace, y yo no tengo tan alta idea de la mía, que suponga dejar esclarecido el problema. Sólo aspiro a sugerirlo y a que otros me ayuden a resolverlo.



En primer término, recordemos el estado de la literatura antes de la guerra; no unos meses antes, naturalmente, pues no se cuentan así estos plazos, sino, por lo menos, unos cuantos lustros; supongamos, aproximadamente, que los corridos desde 1880 acá. Y no pudiendo estudiar tal estado en cada país, fijémonos más principalmente en Francia, de donde han partido las tendencias comunicadas a toda Europa.

No creo decir nada nuevo al afirmar que, en común dictamen, estos últimos años del siglo XIX y primeros del XX, han sido considerados de decadencia. Una pueril concepción de nuestra época, semejante a aquella tan famosa del *milenario*, relacionó esta idea de la decadencia con la del «fin de siglo», y estableció una relación misteriosa entre lo cronológico y lo mental y social, dando por hecho que



todo decaía y degeneraba, porque la centuria tocaba a su fin. No necesito añadir que fué un tópico de prensa, sin base de realidad, pues la decadencia había comenzado mucho antes y obedecía a otras causas, harto distintas de las que representa la antropomórfica suposición de un siglo chocheando y agonizando, como puede chochea y agonizar un hombre.

Decaía a ojos vistas la literatura desde que rápidamente se desmoronó el naturalismo, que, por lo menos, y con la exageración y pretensiones de infalibilidad de toda escuela, encerraba un principio fecundo, el de imitación de la realidad como objeto del Arte; decaía, repito, la literatura, no por los nuevos cánones que había traído el neo-romanticismo idealista, sino porque no surgían, ni en tanta cantidad ni dotadas de tanto vigor, las personalidades literarias —y pudiera esta afirmación ser



extensiva a todos los demás órdenes—. No se cubrían los huecos que la muerte va abriendo en las generaciones; los sustitutos no daban la talla de los sustituidos. Iba pasando de observación sagaz a trillado lugar común, el que ya no había de «aquellos hombres»; que las grandes figuras desaparecían. Y el genio —bien sé cuán difícil es aquilatar la significación estricta de esta palabra—, llegó a parecer cosa de un antaño próximo; pero antaño al fin, y tan raro actualmente como el diamante azul.

Nunca, sin embargo, como en la etapa más reciente, se publicaron tantos libros de versos y prosa; nunca surgieron en tal número los nuevos nombres, dando cada uno su toquecito de clarín para atraer la atención del público; nunca la apariencia de originalidad fué mayor, rayando su alarde en extravagancia y delirio. Para expli-



carnos tales fenómenos, hemos de tomar en cuenta, ya que no hay espacio para registrar otras causas, la principal: la infiltración del espíritu crítico en la intelectualidad y su transmisión inmediata a la literatura llamada de creación, embebida de esa crítica difusa que penetra en todo sutilmente. La inspiración se presentó, no espontánea y natural, sino artificiosa y como fatigada antes de haber procreado, y ávida, especialmente, de buscar flores desconocidas y perfumes (y no siempre perfumes) no respirados antes. Así se formaron las pléyades de los satirizados modernistas, a quienes Rabelais hubiese llamado «extractores de quinta esencia».

Y me preguntará alguien cómo puedo ver tan infiltrada de espíritu crítico a una generación que, por encima de todo, parece haber querido ahondar en el sentimiento. Detengámonos un instante en esta



objeción, que encierra un error visible. El sentimiento, cuando es real, sencillo, verdadero, es la más limpia fuente de originalidad literaria. Y yo no diré que todos los sentimientos de la generación simbolista y decadente fuesen afectados y falsos. Bastaría acordarse de Verlaine, el sincero hasta lo cínico, el Diógenes del alma, para no hacer en conjunto tal aseveración. Pero al menos, entre los discípulos de éste y de otros maestros, entre los mil poetas menores, bien se podrá asegurar que los sentires proceden de ideas críticas y estéticas, ya que no muy maduras, anteriores a la inspiración, y actuando perniciosamente sobre ella. Y tal caso no es privativo de la época a que me refiero: hubo momentos en que ideas estéticas y críticas venidas de Italia, o de Inglaterra, o de Francia, actuaron, por ejemplo, sobre la literatura española,



hasta sobre la de los siglos de oro. La diferencia está en que la crítica se ha desenvuelto y desarrollado con fuerza enorme en los últimos tiempos, hasta invadir y saturar totalmente la producción literaria, y ya no propone a los escritores y poetas meramente la imitación de una obra o de un maestro, sino que les sugiere lo contrario (que viene a ser lo mismo en el fondo): les sugiere, no la imitación, sino la diferencia, el hallazgo de lo que nadie descubrió, siquiera no sea un nuevo continente, sino una islilla, o un escollo perdido en el Océano.

Y no será aventurado suponer que dependen los fenómenos de decadencia literaria de otros de sugestión crítica indirecta, no ejercitada por sabios y profesionales únicamente, sino por el conjunto social, que cría las letras a su imagen y semejanza. Y la sociedad padecía del mis-



mo achaque y de las mismas flaquezas, desde la disolución, por la crítica, de ciertos grandes ideales colectivos, fenómeno que nadie desconoce. No fueron tan sólo los ideales tradicionales los disueltos: piénsese en aquella comentada «banca-rrota de la ciencia». Se me dirá, y con razón, que nunca la ciencia ha estado tan incorporada a nuestra vida, ni ha tiranizado más nuestros actos, por el doble fanatismo de la salud y del bienestar, o *confort*, que ya reviste caracteres de manía; y ello es verdad; pero la ciencia, como ideal, ha perdido cuanto ganó en sus aspectos prácticos; no hemos visto en sus profundidades las límpidas aguas de la certidumbre, y cuando la hemos interrogado, con la ansiedad de Heine ante el mar del Norte, nos ha sucedido lo que al poeta, que aún aguarda la contestación.

El hombre poseerá siempre el título de



nobleza de preferir una certidumbre metafísica a un invento útil y material; y yo cambiaría el telégrafo sin hilos por una explicación convincente de la vida. He ahí por qué el altar ideal de la ciencia, el ideal, entiéndase bien, en estos últimos tiempos, se ha quedado sin oficiantes y sin devotos. Terminada la guerra, vendrán sabe Dios cuántas novedades científicas, adelantos y portentos, y tal vez podamos surcar el aire ya sin peligro, como la embarcación surca un lago apacible; pero ninguna contestación a la pregunta de Heine surgirá de la inmensidad de aplicaciones útiles, y el espectro del poeta continuará preguntando a las olas la solución del viejo enigma. Todos los escepticismos que caben en el descreimiento de la fe religiosa, son tortas y pan pintado, en comparación del descreimiento que, desde este punto de vista, tenemos para la ciencia.



Otro ideal enteramente disuelto, es aquel que costó tanta sangre, que suscitó tales abnegaciones, que hizo entonar tan ardientes cánticos: el de las instituciones políticas fundadas en la libertad. Ciego será quien no vea cómo este ideal ha tenido que venirse abajo, ante la más positiva y tangible reivindicación económica, que no pide libertades, sino pedazos de pan. Y esto sólo basta para establecer una diferencia total entre las épocas literarias, pues ha divorciado al escritor y poeta de las multitudes, ha infundido en éstas el desdén hacia la belleza y la tendencia puramente utilitaria, y ha reducido a un solo problema, el del acrecimiento de los recursos, el sinnúmero de los que agitaban, en los románticos comienzos del siglo, hasta al proletariado.

De tiempo atrás venía minado el ideal de patria en todas las naciones, y espe-



cialmente en las latinas. En Francia, la campaña antipatriótica era brote de pesimismo, engendrado por los sucesos; en todas partes, la oleada internacionalista socavaba los cimientos de este ideal. Y no tengo que insistir en que también la fe religiosa menguaba y caía como en desuso, en gran parte de la sociedad, y esta disolución era de las más antiguas, pues procedía directamente de las ideas dominantes en el siglo XVIII; pero a los ataques sañudos de entonces había sucedido la gélida indiferencia, el olvido de que tenemos alma, y el diletantismo renanista, suave y corrosivo. Y así las profundas esperanzas humanas fueron apagando su luz de aurora, y ni ciencia, ni libertad, ni patria, ni religión, parecieron nada que estuviese a la altura del espíritu crítico, que debiendo ser lujo de altas inteligencias, en los últimos tiempos cayó en poder de las masas.



Y como quiera que detrás de cada ideal está un vasto mar de sentimientos, y el sentimiento no quiere morir, la literatura reflejó esta protesta, y apartándose de la muchedumbre, se refugió (más o menos sincera en sus quejas y aislamientos) en la vida interior, artística y sentimental —cosa de iniciados, sin popularidad alguna—. En una hora de decadencia, fué decadente, y no podía ser otra cosa. En un mundo moralmente enfermo, fué morbosa, mostró lesiones generales de todo el organismo. Los caracteres de esta literatura, difíciles de precisar porque carece de la unidad sistemática de las escuelas, fueron el misticismo, el simbolismo, el satanismo, el sadismo, el sobrenaturalismo, la poetización de lo nefando, la magia negra, el espiritismo, el hermetismo, el ocultismo, el erotismo cerebral, y hasta, literariamente, el gongorismo, y lo que, con



gracia, se ha llamado el *oscurismo*; y de estos caracteres nacieron tendencias sentimentales, y un catolicismo, no diré que tal cual lo aprobaría un obispo algo escrupuloso, pero catolicismo al fin, opuesto al racionalismo y mirando al materialismo con náusea y horror. Si el más reciente período literario pudiera definirse por *lo que no es*, se definiría por esta repugnancia de la materia, que tan sublimes estrofas inspiró a Baudelaire.

La literatura no es causa, sino efecto y expresión social. Sería error ver en las escuelas y en los excelsos escritores decadentistas, que los hubo, al principio, culpa muy grave. Mirando atrás se ve mejor hasta qué punto la literatura es obra del período en que se produce, y de los anteriores, y aun a veces, de la tradición resucitada. A no ser esto exacto, ¿en qué nos fundaríamos para vaticinar lo que



puede sobrevenir, la evolución que la literatura sufrirá probablemente? Lógico es que nos fundemos en los precedentes, sobre todo cuando revisten una fuerza tan incontrastable como la de los sucesos que estamos presenciando.

Y tampoco radicáramos dentro de la realidad, si hiciésemos partir el cambio que se presiente solamente de la guerra y abriésemos así un tajo en seco entre dos períodos. En este último, que ya no era, literariamente hablando, de decadencia, sino de anarquía y atomística disgregación, la reacción en favor de los ideales se había anunciado, y ciertos síntomas indicaban la inclinación a lo que no sé si calificar de épico, a no ser que me apoye en que hoy se llama *epopeya* a los cuentos para niños de Perrault y hasta a las andanzas de Bertoldo. Me refiero a la difusión y popularidad de las novelas de po-



licías, bandidos y criminales, al predominio del elemento imaginativo (de tercer orden), en una multitud compacta de lectores que piden inventiva romancesca; que exigen lo que les habían negado el naturalismo y el decadentismo; lo que desde los folletines románticos (muy superiores como nivel a este burdo cinematógrafo impreso), faltaba a la epidérmica curiosidad de las gentes sin literatura, que van siendo la inmensa, la absoluta mayoría.

Fijémonos en que la característica de tales novelas policíacas es la acción, no como resultado de móviles psicológicos, sino por sí misma, como el salto sin finalidad del acróbata de circo. Al lado de la acción, reconozcamos también el elemento científico práctico. Lo mismo los ladrones y asesinos que los policías, en estas novelas a que me refiero, se saben al dedillo su química y su física aplicadas, y con



ellas hacen milagros, en que lo sobrenatural ha sido sustituido por lo maravilloso de la ciencia. Y he aquí que la guerra es como explosión titánica de estas dos tendencias: el culto de la acción y las aplicaciones intensísimas de lo científico a esa acción particularmente destructora. Desde luego inferimos que el culto de la acción ha de ser un tópico de la venidera literatura.

El ideal de patria también sabemos que había empezado a renacer antes de la guerra. No hay que decir si con ella ha recobrado todo el terreno perdido. Y lo ha recobrado en casi toda Europa, a golpe de varilla mágica. Se ha cumplido la ley que quiere que, cuanto más cara nos cueste una cosa, más la amemos y más pronto estemos a padecer por ella. Ha demostrado, además, la guerra, que lo entendido por ideal en el concepto de patria, era



sólo vestidura de una realidad terrible, de la más inminente y coercitiva de las realidades, y que las fronteras son otra realidad, definida cual ninguna; y dado este hecho gigante, no será aventurado presumir que la literatura próxima esté influida por esta revelación fulminante de la patria, y que no se precie de suprimir fronteras, sino de reforzarlas, de darles consistencia férrea. Lo mismo que la acción, la patria inspirará, es de presumir, a los escritores venideros.

Por débil luz de conjeturas nos guiamos para vislumbrar algo de lo que adviene. Siguiendo esta claridad vacilante, como hay que dar alguna base a las hipótesis, séame permitido suponer que Francia sale vencedora: magullada, desangrada, dolorida, enlutada, pero con su territorio libre y su conciencia vigorizada por el sacrificio.



Pues bien, sería cosa de jurar que su literatura reflejará estos hechos; pero, ¿de qué manera?

El triunfo y la perspectiva del engrandecimiento engendrarán, en primer término, optimismos inconciliables con la literatura de las últimas etapas, de lo que se ha convenido en llamar el movimiento decadente, que fué pesimista. Todo el que pasa grave enfermedad y entra en convalecencia, encuentra a la vida gratos sabores y se dijera que renace, con sentidos frescos y nuevos y las impresiones vivaces de una repentina juventud. Las condiciones del carácter nacional quizás impriman a esta renovación de la mentalidad y del ingenio francés algo de esa satisfacción de sí mismo, de esa graciosa fanfarronería propia de las naciones que suelen llamarse latinas, en las mejores horas de su historia.



Nótese que Francia, durante la difícil prueba porque atraviesa, está demostrando gran moderación y modestia heroica. Pero la expansión de la victoria borra este matiz, y necesariamente desbordan la alegría y el engrimiento. Recuérdese uno de los más salados libros de Brantôme, el titulado *Rodomontades espagnoles*, y se comprenderá que las naciones, como los individuos, se recrecen y encampanan cuando la fortuna de las armas les sonríe, y de este sentimiento triunfal suele ser reflejo la literatura.

Otra reacción estaba iniciada, en diversos países, y era la religiosa. Era algo distinto del misticismo decadente: era un sentido religioso enlazado estrechamente con el social y patriótico, por el cual volvían las cigüeñas a los campanarios. Esta reacción, en Bélgica tan poderosa, si aun no se había manifestado eficazmente en



las letras, llegaría a hacerlo, como dijo el erudito matemático Charles Henry; el cual, por la misma difusión de los métodos científicos y la intensificación de los esfuerzos industriales, por el problema que se impone a los pueblos, de fabricar mucho, barato y pronto, y para Europa, de no dejarse absorber y anular por América, que a tal objeto aspira, supone que el arte ha de ser idealista y místico, porque los cerebros, fatigados de esfuerzos puramente racionales, tenderán a lo maravilloso, a lo sobrenatural y hasta al ocultismo y la magia.

No creo que reaccione solamente el catolicismo: hasta supongo que, por razones obvias, después de la guerra los pueblos católicos serán más católicos, y los protestantes más protestantes. En suma, acentuarán más su religiosidad; Francia desechará el racionalismo, Alemania el



neo-paganismo. Sentirán que necesitan unificarse.

Así habrá de sufrir un cambio forzoso nuestra mentalidad, o mejor dicho, los caracteres generales que la hacen peligrosa y enfermiza, y que no tendrán las naciones más remedio que combatir, hoy que el problema vital se les ha presentado tan al desnudo. Son estos caracteres comunes y esenciales la disolución de todo ideal anterior, la negación de lo que parecía aceptado por la humanidad para basar en ello la unión de los grupos de pueblos y razas, así nociones morales como sociales, religiosas y hasta humanas, en el sentido de la piedad y de la misma filantropía. El instinto, proclamado por Rabelais y después por Rousseau, y no digamos si por Nietzsche; la noción del hombre (Nietzsche ha dicho de la fiera humana), libre y suelto, y dando rienda a sus



inclinaciones sanguinarias y voluptuosas, ha sido el disolvente de una organización tan trabajosamente adquirida por la humanidad, en medio de luchas y dolores infinitos, y por el sacrificio de instintos egoístas, contrastados por ideas nacientes de justicia y altruismo. Todas las virtudes que consolidan la vida de los pueblos y su grandeza, han sido tratadas de moral de esclavos en la reversión y trastrueque de todas las doctrinas, dando al traste con las convicciones generales, susceptibles ciertamente de modificación, pero necesarias en su esencia.

No creo que puedan prevalecer las negaciones sistemáticas después de la guerra, que tantas cosas afirma. Sin mengua de sus méritos literarios, perderán influencia los grandes artistas teorizadores del derecho absoluto del individuo contra la sociedad. Fueron legión estos teorizan-



tes indirectos o directos del individualismo anárquico, entre los cuales Rousseau descuella. Tempranamente Rabelais había aconsejado al niño y al hombre: «Haz lo que te venga en gana, y tendrás razón». Y Schiller, en su plenitud de tendencia romántica, creó el tipo individualista de Carlos Moor, y ¿existe nada más en contradicción con la sociedad que Byron y sus héroes, en los cuales encarnó su alma?, y el mismo Chateaubriand, restaurador del catolicismo, concibió el tipo casi satánico del soberbio René; y en el terreno sentimental se insubordinó y predicó la revolución Jorge Sand; y encarándose con el cielo y con el Autor de lo creado, la cantó altaneramente Alfredo de Vigny; y, ¿a qué proseguir la lista? Todo el sentido de la literatura más moderna es ese meramente; no tiene otro. Hasta en el período naturalista asistimos



al desbordamiento de los instintos, aunque sin propósito revolucionario, y hasta con un propósito que puede ser moralizador, ya que esos instintos no están embellecidos ni iluminados por la poesía, y se nos manifiestan en toda su expansión material, como vientre voraz que exige su presa.

Sería sorprendente que, preparada así, la última fase literaria no presentase los caracteres que presentó. No fué deliberadamente antisocial, por desdén de las teorías políticas y por cierto aristocratismo intelectual y poético que la desviaba de las multitudes; pero no acertó a reconstruir, y sólo pensó en asegurar una independencia espiritual sin trabas y en descontrañar una originalidad sin precedentes. Logró, sin embargo, reaccionar plenamente contra las limitaciones del naturalismo y añadir cuerdas a la lira de las



emociones místicas, amorosas y sentimentales, revelando aspectos nuevos de la belleza, del alma y del infinito. Con respecto a esta fase de la literatura, reconozco que estoy en el caso de aquella señorita de quien nos habla D. Juan Valera para explicarnos su predilección por Víctor Hugo, después de reconocer todos sus enormes defectos. La señorita se acusaba de mala española, pues a pesar de oír tantos dicterios contra el rey intruso José Napoleón, no podía menos de encontrarle guapo y simpático. Yo temo ser antisocial cuando, no obstante todo lo que en contra de ella se ha escrito, la fase decadente de la literatura me interesa en lo hondo, y siempre hallo en sus mejores documentos algo que hace vibrar mi espíritu.

Temo también, si he de decir verdad, al cambio inminente. El sacudimiento es tan violento, los sucesos tan decisivos, el



trastorno tan completo, venza quien venza, que la más probable de las hipótesis es la de su influencia arrolladora en las letras y en el arte, al menos mientras vivan los que presenciaron y padecieron la tragedia. Temo, temo una literatura excesivamente impregnada de elementos sociales, políticos, morales y patrióticos. He dicho que la temo, aunque de ella resulte quizás un bien general, esto no lo discuto. Como artista, antepongo a la utilidad la belleza. Reconozco todos los peligros de aquel individualismo romántico que emancipó la personalidad, que reclamó para el artista y el escritor la libertad de afirmarse contra todo y contra todos; reconozco igualmente la exaltación ilimitada de tal principio en el segundo romanticismo neoidealista; pero también reconozco que son bellos y que en tales evoluciones hubo un germen vital. No fué época



muerta. Y el Arte es vida, vida intensa, hirviente, libre. Y después de la guerra, ese germen y su florecimiento individualista han de ser reprimidos, y hasta condenados. ¿No notáis ya cómo todo se opone a la expansión individualista? ¿No oís las máximas, no observáis cómo cuajan los programas futuros? Escuchad lo que se repite: organización, organización, disciplina, disciplina. Formémonos, alineémonos, no consintamos que se salga de filas nadie. Bien sé yo que en España se corre poco riesgo de adoptar semejante dogma; nadie es menos reductible a organizaciones compactas y bien trabadas que el español. Sin embargo, o un fenómeno constante habrá de desmentirse ahora, o cuando toda Europa esté empananada en la literatura útil, nosotros también seguiremos el movimiento. Y se dará el espectáculo curioso de un pueblo muy



anárquico en la vida y muy disciplinado en el Arte. Más valiera que fuese al revés...

La profecía que hago sobre el carácter de la literatura después de la guerra, no tiene gran mérito, pues ya está sucediendo que todos los literatos escriban acerca de la guerra y sus aspectos especiales y verosímiles consecuencias, con el sentido de organización. Lo que se publica versa sobre la actualidad histórica. Yo insisto en que tal literatura no me causa ese estremecimiento estético, que es el sello del Arte. Parecen los libros y los versos trozos de periódicos comentados, ecos de pláticas en el frente o en la cantina, y su patriotismo no es el caliente y fogoso de los cantos de Leopardi o los himnos de Víctor Hugo a la bandera.

Recelo, recelo desde el fondo de mi alma que la literatura se impregne por



completo de sentido social, de sentido humanitario, de orden, y hasta de bondad... Consideremos bien esta palabra. Creyérase que la bondad nunca está de sobra, que nunca hay suficiente reserva de ella en el corazón humano. Pues yo entiendo que, en las letras, hace más falta que la bondad la amargura, y es preferible a la azucarada melaza la sal de la humana experiencia y del humano desencanto. El arte tiene sus medios y fines propios. Sólo cuando la bondad va muy por arriba, con alta dignidad, con sangrienta realidad, produce arte vividero. Tolstoy, por ejemplo, era, en medio de sus utópicas concepciones, un ensalzador de la bondad, por medio de la caridad y del amor, y había ocasiones en que, ortodoxia aparte, sentía como un San Francisco de Asís. Pero a tal modo de sentir, se unían la indignación, el celo, la furia de



un vidente; el sarcasmo, la ironía, las cualidades de amargura. Artista, muchas veces involuntario, era Tolstoy; artista que se creía moralista. Y preveo una legión de escritores de quienes se podrá decir exactamente lo contrario. Pensarán y desearán hacer arte, y no harán más que moral, si es que tanto consiguen.

Vendrá una literatura de mayor unidad y coherencia que la de estos últimos años. Lo que falta averiguar es si esa literatura posterior a la guerra sabrá sacudir la imposición moralista y utilitaria, y reclamar los fueros de la libertad y la belleza. Esto dependerá, en gran parte, de la nación o naciones que triunfen.

Conviene averiguar cuáles naciones nos convendrían que triunfasen, para el porvenir del Arte literario. Y no sé si me engaña mi simpatía constante hacia Francia; pero se me figura que, para las letras, en-



cierra menos peligros su triunfo que el de los germanos, por ejemplo. Verosímil parece que, a pesar de las tradiciones de libertad intelectual y filosófica de Alemania, esa propia fuerza de condensación y vigorización, ese cerrado patriotismo, ese culto de la acción y ese voto de obediencia social que a la nación caracterizan, sean funestas al Arte. El Arte es cosa brava, antojadiza, indómita, y hasta cuando surge de las hondas fuentes nacionales, se resiste a consignas y encasillamientos, a rutas de antemano señaladas. El Arte es un eterno rebelde y un eterno inventor y navegante de espacios, que no puede darse nunca por satisfecho con la tierra descubierta ya.

Mis esperanzas respecto al porvenir del Arte y de las Letras se fundan en dos presunciones: la de la reacción plenamente religiosa, anunciada ya y tan probable,



y fuente de sentimiento y belleza, y la del nacimiento de un genio o de varios, dato que no cabe incluir entre los previstos, que es independiente de todo, de ambientes y circunstancias, de la hora y del día. Figurémonos que Shakespeare hubiese muerto niño, de unas viruelas; que a Cervantes le rebana en Lepanto el pescuezo un alfanje; y convendremos en que habría que modificar cuanto se ha dicho de la literatura bajo el Renacimiento; como cambiaría la historia de la pintura si a Goya se le dispara su escopeta de muchacho cazador, y el tiro se le aloja en el vientre. Pudieron estos innegables genios no nacer, y pudieron sucumbir antes de cumplir su obra. El azar o los secretos designios de la Providencia determinarán ahora la aparición de individuos geniales, a cuya fuerza no resisten las épocas literarias y artísticas, sino que la sufren y acatan.



¿Quién sabe dónde están esos individuos?  
¿Habrá sucumbido alguno en las trincheras? ¿Se irá formando otro en las violentadas entrañas de una mujer, víctima de la brutalidad de la lucha? Imposible ni conjeturarlo: aquí no caben hipótesis.

Confiemos en la energía que lleva en sí la humanidad, y que hará acaso surgir lo que siempre aguardan el Arte y las Letras, con mesiánico temblor, para soldar la cadena de luz que prolonga sus eslabones al través de las edades; y dejemos pasar estos años tristes, en que, con presenciar tantas increíbles hazañas, la hazaña mayor es acaso... ir viviendo.





PUBLICACIONES DE LA  
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES



ESTAS publicaciones responden a la necesidad de buscar una expresión de la actividad espiritual que en la RESIDENCIA y en torno de ella se ha ido desenvolviendo. Los varios modos en que va cuajando esta actividad, estarán representados en diferentes series de libros. No se trata, pues, tan sólo, de dar publicidad a los trabajos de los Residentes, primeros frutos de su formación científica, sino de recoger también otras producciones que han nacido al contacto de la RESIDENCIA con el ambiente ideal exterior. La obra de la RESIDENCIA ha sabido atraer la atención y el apoyo moral de literatos, científicos y políticos, que trabajan unidos a su lado, como si se tratase de una obra propia; y este núcleo formado en torno de la RESIDENCIA se ha dispuesto con devoción y con entusiasmo a sembrar en ella y desde ella, en la juventud española, los ideales de la Patria futura. En fin, la continuidad de la labor educacional de la RESIDENCIA, la lleva a perpetuar en sus publicaciones momentos ejemplares de la cultura universal y de la vida nacional, para todo lo cual encontrará cauce en las actuales series y en otras nuevas, que a su tiempo saldrán a luz.



### SERIE I. CUADERNOS DE TRABAJO:

Con estos cuadernos de investigación, quisiera la RESIDENCIA contribuir a la labor científica española.

1. EL SACRIFICIO DE LA MISA, por GONZALO DE BERCEO. Edición de *Antonio G. Solalinde*. (Publicado.) 1,50 ptas.
2. CONSTITUCIONES BAIULIE MIRABETI (1328). Edición de *Galo Sánchez*. (Publicado.) 1,50 ptas.
3. ¿QUÉ ES LA ELECTRICIDAD?, por *Blas Cabrera*.
4. Un profesor español del siglo XVI: JUAN LORENZO PALMIRENO, por *Miguel Artigas*.
5. BAQUILIDES. Traducción del griego, por *Pedro Bosch y Gimpera*.
6. EL RENACIMIENTO EN ESPAÑA. Introducción metódica, por *Federico de Onís*.

### SERIE II. ENSAYOS:

Componen esta serie trabajos originales que, aun versando sobre temas concretos de arte, historia, ética, literatura, etc., tienden a expresar una ideología de amplio interés, en forma cálida y personal.

1. MEDITACIONES DEL QUIJOTE. Meditación preliminar y Meditación primera, por *J. Ortega y Gasset*. (Publicado.) 3 ptas.
2. AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS, por *Azorín*. (Publicado.) 3,50 ptas.
3. EL PROTECTORADO FRANCÉS EN MARRUECOS Y SUS ENSEÑANZAS PARA LA ACCIÓN ESPAÑOLA, por *Manuel González Hontoria*. (Publicado.) 4 ptas.
4. EL LICENCIADO VIDRIERA, VISTO POR *Azorín*. (Publicado.) 3 ptas.
5. ENSAYOS. Tomo I, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
6. UN PUEBLECITO, por *Azorín*. (Publicado.) 3 ptas.



7. ENSAYOS. Tomo II, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
8. LA EDAD HEROICA, por *Luis de Zulueta*. (Publicado.) 2,50 ptas.
9. ENSAYOS. Tomo III, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
10. LA FILOSOFÍA DE HENRI BERGSON, por *Manuel G. Morente*. (Publicado.) 2,50 ptas.
11. ENSAYOS. Tomo IV, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
12. CLAVIJO EN GOETHE Y EN BEAUMARCHAIS, comentado por *Azorín*.
13. DICCIONARIO FILOSÓFICO PORTÁTIL, por *Eugenio d'Ors*.
14. LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA, por *F. de Onís*.
15. EL ARTE ESPAÑOL, por *Manuel B. Cossío*.
16. MEDITACIÓN DEL ESCORIAL, por *J. Ortega y Gasset*.
17. LA EPOPEYA CASTELLANA, por *Ramón Menéndez Pidal*.
18. EL DERECHO INTERNACIONAL EN LA GUERRA GRANDE, por *Gabriel Maura*.
19. MEDITACIONES DEL QUIJOTE. Meditación segunda y Meditación tercera, por *J. Ortega y Gasset*.
20. ENSAYO SOBRE LA HISTORIA CONSTITUCIONAL DE ESPAÑA (Estudio de la vida política española en el siglo XIX, con los textos de las Constituciones), por *Fernando de los Ríos y Urruti*.
21. ENSAYOS SOBRE SHAKESPEARE, por *Ramón Pérez de Ayala*.

Y otros de la Condesa de Pardo Bazán, Henri Bergson, Pío Baroja, Gabriel Alomar, Nicolás Achúcarro, Pedro Dorado y Montero, etc.

### SERIE III. BIOGRAFÍAS:

Para promover viriles entusiasmos, nada como las vidas heroicas de hombres ilustres, exaltadas por espíritus gemelos. Esta serie consta de ejemplares biografías, cuya traducción se ha confiado a escritores competentes.



1. VIDA DE BEETHOVEN, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*. (Publicado.) 3,50 ptas.
2. VIDA DE MIGUEL ÁNGEL, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
3. VIDA DE TOLSTOY, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
4. VIDA DE CARLOS XII, por *Voltaire*. Traducción de *E. Díez-Canedo*.
5. FICCIÓN Y REALIDAD (*Dichtung und Wahrheit*), por *J. W. Goethe*. Traducción de *Ramón María Tenreiro*.

#### SERIE IV. VARIA:

La RESIDENCIA se propone perpetuar, con esta serie, la eficacia de toda manifestación espiritual (lecturas, jiras, conferencias, conmemoraciones), que impulse la nueva España hacia un ideal puro, abierto y definido.

1. DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors*. (Agotado.)
2. JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR COMIQUE. Conférence faite à la Residencia de Estudiantes par *M. André Pirro*. (Publicado.) 1,50 ptas
3. APRENDIZAJE Y HEROÍSMO. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors*. (Publicado.) 2 ptas.
4. FIESTA DE ARANJUEZ, EN HONOR DE AZORÍN. Discursos, poesías y cartas. (Publicado.) 1,50 ptas.
5. DISCIPLINA Y REBELDÍA. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Federico de Onís*. (Publicado.) 1 pta.
6. PORVENIR DE LA LITERATURA DESPUÉS DE LA GUERRA. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por la *Condesa de Pardo Bazán*. 1 pta.
7. POESÍAS COMPLETAS de *Antonio Machado*, en un volumen.



EL SACRIFICIO DE LA MISA, por GONZALO DE BERCEO, edición de ANTONIO G. SOLALINDE.—Precio: 1,50 pesetas.

DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO; lectura dada en la Residencia de Estudiantes por EUGENIO D'ORS. Agotada.

MEDITACIONES DEL QUIJOTE, por JOSÉ ORTEGA Y GASSET. *Meditación preliminar. Meditación primera.*—Precio: 3 pesetas.

JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR COMIQUE; Conférence faite à la Residencia de Estudiantes par Monsieur ANDRÉ PIRRO.—Precio: 1,50 pesetas.

AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS, por AZORÍN.—Precio: 3,50 pesetas.

EL PROTECTORADO FRANCÉS EN MARRUECOS Y SUS ENSEÑANZAS PARA LA ACCIÓN ESPAÑOLA, por MANUEL GONZÁLEZ HONTORIA.—Precio: 4 pesetas.

APRENDIZAJE Y HEROÍSMO; lectura dada en la Residencia de Estudiantes por EUGENIO D'ORS.—Precio: 2 pesetas.

FIESTA DE ARANJUEZ, en honor de AZORÍN. *Discursos, poesías y cartas.*—Precio: 1,50 pesetas.



CONSTITUCIONES BAIULIE MIRABETI; edición de GALO SÁNCHEZ.  
Precio: 1,50 pesetas.

EL LICENCIADO VIDRIERA, visto por AZORÍN.—Precio: 3 ptas.

DISCIPLINA Y REBELDÍA, por FEDERICO DE ONÍS.—Precio: 1 pta.

VIDA DE BEETHOVEN, por ROMAIN ROLLAND; traducción de JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.—Precio: 3,50 ptas.

ENSAYOS; tomo I, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

UN PUEBLECITO, por AZORÍN.—Precio: 3 ptas.

ENSAYOS; tomo II, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

LA EDAD HEROICA, por LUIS DE ZULUETA.—Precio: 2,50 ptas.

ENSAYOS; tomo III, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

LA FILOSOFÍA DE HENRI BERGSON, por MANUEL G. MORENTE.—Precio: 2,50 ptas.

ENSAYOS; tomo IV, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

PORVENIR DE LA LITERATURA DESPUÉS DE LA GUERRA; lectura dada en la Residencia de Estudiantes por la CONDESA DE PARDO BAZÁN.—Precio: 1 pta.



# PROSPECTO

DE LA

RESIDENCIA DE  
ESTUDIANTES

(NO SE VENDE)

SE ENVIA A QUIEN LO  
SOLICITE DEL PRESI-  
DENTE DE LA RESIDENCIA  
DE ESTUDIANTES . CALLE  
DEL PINAR . MADRID



ESTE LIBRO  
SE ACABÓ DE IMPRIMIR  
EN EL EST. TIPOGRÁFICO DE FORTANET  
EN MADRID  
EL DÍA 5 DE MARZO  
DE 1917





























PUBLICACIONES DE LA  
RESIDENCIA DE  
ESTUDIANTES: MADRID

ADMINISTRACIÓN  
CALLE DEL PINAR

1 PTA.



BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200020491

Ayuntamiento de Madrid











Ayuntamiento de Madrid



